CAERSE DE UN NIDO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY

Estrenada en el TEATRO LARA el día 19 de Febrero de 1885.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1893

CAERSE DE UN NIDO

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/caersedeunnidoco15310eche

CAERSE DE UN NIDO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY

Estrenada en el TEATRO LARA el día 19 de Febrero de 1885.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1893

PERSONAJES		ACTORES
LUCÍA	Sra.	Górriz.
JUAN	Sr.	Romea.
LUIS	»	Romea (D'Elpás.)
DIEGO	»	Arana.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Mr. R.

ACTO ÚNICO

Gabinete amueblado con mucho gusto y extraordinario lujo. Puerta al fondo; puerta á la izquierda: ventana á la derecha. Una mesa, grandes sillones, cortinajes y espejos.

ESCENA PRIMERA

JUAN y LUIS

La escena está á obscuras. Ábrese la puerta del fondo y penetran á tientas los dos.

JUAN. Entra callado y con calma,
porque aquí no se alborota.
LUIS. (Tropezando.) Juanito, no se ve gota;
yo voy á romperme el alma.
JUAN. Te preparo una sorpresa.
Avanza con precaución.
Por aquí estará un sillón,
cerca del sillón, la mesa.
LUIS. Yo sin moverme te espero,
que será lo más sencillo.
JUAN. Fósforos en el bolsillo...
en la mesa el candelero.
Gracias al señor Cascante
vamos á ver.

611141

(Encuentra la mesa, coge el candelero, saca una caja de cerillas y enciende.)

LUIS. ¡Oh placer!
Al fin conseguimos ver.
JUAN. Cierra esa puerta.
LUIS. (Cierra la puerta del fondo.) Al instante.
JUAN. Sanos y salvos llegamos.
Siéntate.
LUIS. (Se sientan.) Sí que lo haré.
JUAN. Y ahora, Luisillo...
LUIS. ¿Ahora qué?
JUAN. Ya estamos.
LUIS. ¿Y dónde estamos?
Hoy en el Suizo te ví
tomando el Moka exquisito:
me dices: «te necesito,»
saliste y yo te seguí.
Vamos á barrios extremos,
cruzamos calles obscuras
y sobre las piedras duras
el calzado nos rompemos.
De mala casa la entrada
ganamos á la ligera;
subimos una escalera
sin luz, angosta, empinada.
Tú delante y yo detrás
dando tropezones vamos,
abres esa puerta, entramos,
y me siento, y no sé más.
JUAN. Pero ¿no adivinas?...
LUIS. Nada.
JUAN. Pero hombre, ¡serás simplón!
¿Qué ves?
LUIS. Una habitación
divinamente alhajada;
una ventana, dos puertas,
una magnífica alfombra,
cortinajes que dan sombra...
habitaciones desiertas...
anchos y blandos sillones,
una araña, cuadros viejos,
en las paredes espejos,

y flores en los jarrones.
Una estancia perfumada
como una mujer coqueta,
y misteriosa y secreta...

JUAN. ¿Y aun así no aciertas?

LUIS. Nada.

JUAN. Luces, espejos y flores
siempre hablan de una mujer.
¿Qué más necesitas ver?
Este es un nido de amores.
¿Cómo tu vista dudó?

LUIS. Es verdad. ¡Qué torpe fuí!
¿Y á qué venimos aquí
y quién es el dueño?

JUAN. Yo.
Es un capricho ¿qué quieres!
Es el último, el de hoy...
Ya sabes tú que yo soy
terrible con las mujeres.
Mil veces bendije á Dios
que me dió tanta fortuna.
Si miro á una, cae la una;
si miro á dos, caen las dos.
Soy débil, las idolatro,
y en notando mi interés,
si miro á tres, caen las tres;
si miro á cuatro...

LUIS. Las cuatro.

JUAN. Me quieren bien y deprisa
y las olvido al contado.
Docenas he conquistado
sólo con una sonrisa.
No resisten á mi voz
y mando en su voluntad.

LUIS. ¡Eso es una atrocidad!
Pero hombre, ¡tú eres atróz!

JUAN. Pues bien, chico, ya sabrás
por mis locuras pasadas,
que las mujeres casadas
son las que me gustan más.

LUIS. ¡Yo de tu audacia me espanto!

JUAN. ¿Qué hacer? El fruto prohibido,

y el peligro, y el marido...
¡Qué encanto, chico, qué encanto!
Son en todas las edades
el colmo de los placeres;
pero con esas mujeres
¡qué graves dificultades!
¡Que si no me puedes ver
porque el mundo está enterado,
que si está un poco escamado
el marido y va á volver;
que fuera no se aventura,
que dentro no lo permito,
que en su casa es un delito,
que en la mía una locura;
que si duda y se sonroja,
que si le juró fe eterna,
que si la rompe una pierna
es fácil se quede coja...
Y nos tienen aburridos
siempre diciendo que no,
siempre huyendo... y no es que yo
tenga miedo á los maridos.
¡Tener miedo! No por Dios;
no me lo inspiró ninguno.
Yo de un tiro mato uno,
de dos tiros mato dos.
Cuando á una bella idolatro
y enfurecido me ves,
de tres tiros mato tres,
y de cuatro tiros...

LUIS. Cuatro.

JUAN. Cansado de tanto lío
tuve un felíz pensamiento
que realicé en el momento...
pensamiento como mío.
Alquilé esta habitación,
de noche lo traje todo,
y lo alhajé de este modo
con silencio y discreción.
Yo tengo gusto exquisito
y en cuidarlo me desvelo.
Es un cuartito entresuelo

muy tranquilo y muy bajito.
Aquí venir no las cuesta
y llegan de buena gana.
Es la calle tan lejana
y la casa tan modesta,
que aquí se juzgan seguras
y de sus dudas me vengo,
y aquí es, Manuel, donde tengo
mis más dulces aventuras.

LUIS. ¡Soberbio!

JUAN. No alces la voz.
¿Qué piensas? Dí la verdad.

LUIS. Que esto es una atrocidad,
Juanito, que eres atróz.
Vas á hacer un desatino.
Tanta audacia me estremece.

JUAN. Y el cuarto, ¿qué te parece?

LUIS. ¡Chico, divino, divino!

JUAN. Siempre he sabido tener
un gusto muy delicado.
Pues si vieras los de al lado...

LUIS. ¡Ay, chico, los quiero ver!

JUAN. No te puedes figurar:...
Raso, encaje, terciopelo,
pieles, oro... ¡esto es el cielo!
¡Esto es la mar!

LUIS. ¿Sí?

JUAN. ¡La mar!

LUIS. ¡Ay! Contenerme no puedo.

JUAN. Ve que vás á entusiasmarte.

LUIS. A obscuras voy á dejarte.

JUAN. Anda, que no tendré miedo.

(Vase Luis por la izquierda con el candelero.)

ESCENA II

JUAN

Este lujo, este tesoro,
todo lo que guardo aquí
lo preparé para tí,

que eres la mujer que adoro.
¿Quién hay, que cual yo se halle
á prueba de desengaños?
Llevo cabales tres años
de pasearla la calle.
Veinte viajes he emprendido
por ella en ferrocarril...
¿Y cartas? Más de dos mil
á que no me ha respondido.
Y mil recados, y flores,
fueron hasta ella llevados
por doncellas y criados
y porteros y aguadores.
¡Merecí ganar la gloria
y por fin la ganaré:
esta noche ceñiré
el laurel de la victoria!

ESCENA III

JUAN y LUIS

JUAN. ¿Qué tal?
LUIS. Abrázame fuerte.
¡Maravilloso! Soy justo.
¡Qué gusto!... ¡Pero qué gusto!
¡Qué suerte!... ¡Pero qué suerte!
JUAN. ¿Eh? ¡Qué muebles!
LUIS. De valía.
JUAN. El gastar no me hace mella.
Aun así no es digno de ella.
LUIS. ¿De quién? ¿De cuál?
JUAN. De la mía;
de la que quiero.
LUIS. ¿Asunción?
JUAN. Esa ya no vale un cuarto.
De la nueva.
LUIS. ¡Qué lagarto!
JUAN. De la mejor.
LUIS. ¡Qué bribón!
JUAN. Lucía tiene por nombre.

Una soberbia morena...
¡pero buena, pero buena!
Y casada.

LUIS. ¡Eres un hombre!

JUAN. ¡Qué maneras, y qué modos
de andar! ¡Un ser ideal!
El marido un animal,
por supuesto.

LUIS. Como todos.

JUAN. Tiene gracia, juventud
y talento y desparpajo.
Me ha costado gran trabajo
porque ella es una virtud.
Pero pude conseguir
como astuto calavera,
por fin, que se decidiera,
y va á venir.

LUIS. ¿Va á venir?

JUAN. Al cabo la conquisté.

LUIS. ¿Y vendrá?

JUAN. Se ha decidido.

LUIS. Bien.

JUAN. Por eso te he traído.

LUIS. A mí, chico, ¿para qué?

JUAN. Mientras ella con cautela
sube, tú, amigo leal,
enfrente de este portal
me sirves de centinela.
Si el marido llega aquí
me avisas, ¡oh, amigo fiel!

LUIS. No es muy lucido el papel.

JUAN. Mañana lo haré por tí.
¿Cómo lo haré? Lo hice ya.
¿No recuerdas? ¡Bien estamos!
¿La burla que le jugamos
á aquel terrible papá?
Si Juan allí no te auxilia,
¿á dónde vas á parar?

LUIS. Sí, me ayudaste á robar
á una hija de familia.
La amaba desesperado.

JUAN. El rapto estuvo en un trís.

¡Ay, qué noche aquella, Luis!

LUIS. En mi vida la he olvidado.

JUAN. Los criados y tú y yo
estábamos discutiendo
y la fuga disponiendo
cuando el padre apareció.
Tira á un lado la levita;
una bofetada á mí,
otra bofetada á tí,
un revés á la Juanita,
un puñetazo á Vicente,
á la niña un coscorrón,
á mí un terrible chichón,
á tí un chirlo muy decente,
á mí tres moquetes buenos,
á tí un trompazo te envía.
¡Ay! Aquel padre tenía
catorce manos lo menos.
Por fin cesó la reyerta
escapando á trompicones
los unos por los balcones,
y los otros por la puerta,
y en la calle respiramos.

LUIS. Si se descuída... ¡qué apuro!
nos la llevamos... seguro.

JUAN. ¡Vaya si nos la llevamos!

LUIS. Hago que el mundo se asombre
de mi audacia singular...

JUAN. Si se llega á descuidar,
¡pobre señor!

LUIS. ¡Pobre hombre!
¡Cuántas veces me he reído!

JUAN. Y después de tal favor
¿te negarás?

LUIS. No señor,
que yo soy agradecido.

JUAN. Gracias, chico. Estás alerta,
te paseas con cuidado,
lejos y disimulado
mirando siempre á la puerta.
Si ves entrar muy de prisa
una mujer, ella es;

si detrás un hombre ves,
avisa, por Dios, avisa.

LUIS. Corriente; voy al instante.
Soy tu amigo, hombre dichoso.
¿Y dices tú que el esposo
es muy animal?

JUAN. Bastante.

LUIS. No importa. Me voy tranquilo.
A mí no me asusta él.
¿Es tan fiera como aquel
padre?

JUAN. Sí; por el estilo.
¿Qué importa? El amor me inflama
y ya de alegría brinco.

LUIS. Bien, cuatro palos ó cinco
son ocho días de cama.
De la calle no me aparto.

JUAN. ¡Ay, Luis! ¡Qué mujer tan bella!

LUIS. ¡Ay, Juan! ¡Ten valor y á ella!
¡Qué lagarto! ¡Qué lagarto!

(Sale Luis por el fondo: Juan cierra por dentro.)

ESCENA IV

JUAN

Son las ocho y cuarto ya.
Las ocho y media es la hora.
¡Oh mujer encantadora!
¿Si vendrá? ¿Si no vendrá?
Vendrá... dichoso seré.
Que está ya cerca barrunto...
La veo... A las ocho en punto
se va el marido al café.
Ella nerviosa le da
el sombrero y el bastón,
le empuja desde el salón,
le abre la puerta y se va.
Ella llora, teme, reza,
duda; por fin se resuelve

y en un gran manto se envuelve
de los piés á la cabeza.
Baja incierta y conmovida,
anda perdiendo el compás,
siempre mirando hacia atrás
creyendo ser perseguida.
Llega; la calle la impone,
en la puerta se detiene,
mira por si alguno viene,
á penetrar se dispone,
da un salto, corriendo toma
la escalera, aquí llegó,
da tres golpes, abro yo,
y en mis brazos se desploma.
¡La conquista de mi vida!
(Se asoma á la ventana.)
Está la calle desierta...
Tres golpes en esa puerta
es la señal convenida.
Me parece que oigo ruído...
pasos ténues, apagados,
inciertos, precipitados...
(Dan tres golpes á la puerta.)
¡Tres golpes! ¡Ella!
(Corre á la puerta del fondo, la abre y aparece en el umbral Diego.)
¡El marido!

ESCENA V

JUAN y DIEGO

DIEGO. (Con mucha finura.)
Buenas noches, señor mío.
JUAN. Buenas noches... caballero.
Yo creo que usted se engaña.
DIEGO. ¿Engañarme? No por cierto.
¿No es usted don Juan Andía?
JUAN. El mismo.
DIEGO. Por usted vengo.
Conque cerremos la puerta. (La cierra.)
JUAN. (Me asesina sin remedio.)

Con todo, yo no adivino
ni qué causa... ni qué objeto...

DIEGO. (Enseñándole una carta.)
¿Esta letra no es de usted?
¿No es esta su firma?

JUAN. (¡Cielos
mi carta!)

DIEGO. Se la leeré
y así de dudas saldremos.
(Lee.) «Por última vez, Lucía,
»por última vez, te espero.
»A las ocho y media ven.
»Si desatiendes mi ruego,
»me mato. Calle del Río,
»número treinta, entresuelo.
»Da tres golpes á la puerta;
»que es la señal. Hasta luégo.
»Tu Juan.»—Un borrón arriba
y abajo... «dos de Febrero.»
¿No es de usted?

JUAN. (Confundido.) Yo... señor mío...
Sólo un arrebato... un vértigo.

DIEGO. Como estaba mi mujer
esta noche con sus nervios,
y, francamente, sin ganas
de citas ni galanteos,
por no desairar á usted,
que parece un buen sujeto,
vengo á ocupar su lugar.

JUAN. ¡Su lugar!

DIEGO. Conque sentémonos.

JUAN. Bueno. (¡Esta calma me aterra!)
(Se sientan.)

DIEGO. Un poco más cerca.

JUAN. Bueno.

DIEGO. ¿Quiere usté un cigarro?

JUAN. (Lo toma.) Venga.
(¿Será dinamita esto?)

DIEGO. Ahora podemos hablar
con toda confianza.

JUAN. Hablemos.

DIEGO. Hombre, usté es tonto.

JUAN. Favor
que me hace.
DIEGO. Justicia al mérito.
Con una carta como ésta
la mujer de menos seso,
y la más loca, no acude
á una cita ni por pienso.
JUAN. ¿De suerte que no vendrá?
(¡No vendrá! ¡Cuánto me alegro!)
DIEGO. Sí vendrá. Con ésta no;
con otra que yo á su tiempo
la he escrito.
JUAN. Pero ¡es posible!
DIEGO. ¡Vaya! En los siguientes términos:
«Su esposo de usted la engaña;
»si quiere una prueba de ello,
»hoy mismo, calle del Río,
»número treinta, entresuelo,
»esta noche la tendrá
»si allí va. Calma y secreto.
»Dé tres golpes á la puerta.
»Un amigo verdadero.»
El amor no tiene fuerza
en ciertos temperamentos;
pero los celos la tienen,
y movida por los celos
vendrá. De este modo usted
ha conseguido su objeto.
Ya ve usted cómo me porto.
Me debe agradecimiento,
pues por mí alcanza la cita
que pidió con tanto empeño.
Un padre no hiciera más
por un hijo predilecto.
JUAN. (Vamos, este es un chiflado
que se escapó de Toledo.)
DIEGO. Usted se preguntará
—de fijo en este momento
lo piensa,—¿quién es este hombre?
¡Un marido á quien ofendo
y que viene tan tranquilo,
tan impasible, tan fresco

á hablarme con cortesía
en vez de romperme un hueso!
¿Es un simple, un criminal,
ó un loco? Pues nada de ello.
Su carta de usted, amigo,
ha encendido un pensamiento
en mí que antes no tenía,
que es ya mi absoluto dueño.
¿Quién soy yo, pregunta usted?
Muy sencillo: nada nuevo;
un curioso impertinente,
otro más, ni más ni menos.
Durante tres años justos
ha dado usted mil paseos
por mi calle, incomodando
á vecinos y porteros,
y mandando á mi mujer
flores, y cartas, y versos
que en los días de limpieza
no se sabe dónde fueron;
y yo le he visto tranquilo,
sin preocuparme un momento,
diciendo: «paséate,
que el ejercicio es muy bueno.»
Pero hace ya cuatro meses
que he visto, en verdad, inquieto,
á mi mujer pensativa,
cavilosa, de humor negro...
otra mujer, y me he dicho:
—¿Qué la sucede? ¿Qué es esto?
¿Si al fin la habrá impresionado
con sus hechos novelescos
ese trasto?

JUAN. ¡Cómo!...

DIEGO. Trasto,
trasto he dicho.

JUAN. Bueno, bueno.

DIEGO. Esta idea me ha quitado
algunas noches el sueño,
hasta que llegó su carta
que me llenó de contento.
«Esta es la mía,» exclamé.

«La cita yo se la arreglo.
Salgo de casa temprano,
allá el primero me cuelo,
en cualquier cuarto me escondo,
el galán allí le dejo,
ella llega, él se declara,
y yo escucho, y ya veremos.»

JUAN. De suerte que usted pretende
que yo...

DIEGO. Si yo no pretendo
nada; usted es quien pretende.
Si ella viene, usted ardiendo
en amor cae á sus plantas,
ruega y pide firme y terco...

JUAN. Mas si resiste y se va ..

DIEGO. Si resiste, yo me alejo,
le perdono sus locuras,
y al marcharme, hasta le quedo
agradecido.

JUAN. Mas si ella
cede á mis ardientes ruegos,
si vacila...

DIEGO. Para el caso
aquí tráigo un argumento
de algún alcance. (Saca un revólver.)

JUAN. ¡Un revólver!

DIEGO. Salgo y apunto y *laus deo*;
es para ella el primer tiro,
y el segundo y el tercero,
y á usted le reservo el cuarto,
y el quinto y después el sexto.

JUAN. Entendido; tres por barba.

DIEGO. ¡Justo!

JUAN. (¡Qué bárbaro!)

DIEGO. ¡Eso!

JUAN. Usted habla sólamente
por asustarme; no creo
que cometa usted un crimen
Es un lazo que tendemos
á una mujer inocente.
Yo le confieso mis yerros,

le pido perdón; me iré
donde me ordene, muy lejos,
á la China, á las Batuecas...
Comprenda usted, caballero,
que la locura de un loco
y la necedad de un necio,
y la juventud de un joven
explican atrevimientos;
comprenda que no es posible,
que no puede ser...

DIEGO. ¡Silencio!
Oigo ruído... Es ella.

JUAN. ¡Es ella!

DIEGO. Alguien que sube muy quedo.
El paso de una mujer...
(Dan tres golpes á la puerta.)

JUAN. Uno, dos, tres... (¡Yo me muero!)

DIEGO. Yo me oculto, y usted abre.
Ni una palabra, ni un gesto
para delatarme, ó salgo
y le mato como á un perro.
(Sale por la izquierda.)

ESCENA VI

JUAN y LUIS

JUAN. (¡En el trance en que me miro!)

LUIS. ¡Juan!... (Desde fuera.)

JUAN. ¡Es Luis!

LUIS. ¡Ábreme!

JUAN. ¡Vuelo!
(Abre la puerta del fondo y entra Luis.)

LUIS. ¿Estás solo?

JUAN. Solo estoy.

LUIS. ¿Nadie?

JUAN. ¡Nadie!

LUIS. ¡Lo celebro!
¡Ay, chico! Me has dado un susto...
¡Ay, Juan! He pasado un miedo...
Andaba por esa calle

dándome veinte paseos,
mirando los ejemplares
preciosos del bello sexo
que pasaban á mi lado,
con curiosidad, diciendo:
—«¿Será la del talle corto?
¿Será la del pié pequeño?
¿Es esta que va despacio?
¿Es esta que va corriendo?»
Cuando veo de repente
un hombre que llega incierto,
mira la calle, la casa,
observa si le están viendo,
se tranquiliza, se llega
al portal y entra resuelto.
—«¡El marido!»—Exclamo yo.
Su ademán, su aire, su aspecto...
No me engaño... ¡Está perdido!
Cruzo la calle, penetro
decidido en el portal,
quiero subir y no puedo.
Las piernas me vacilaban
y me faltaba el aliento.
Como me dijiste tú
que es tan bruto...

JUAN. ¿Yo? No es cierto.
¿Cuándo he dicho?...

LUIS. Me dijiste
que era un animal completo.

JUAN. Yo no he dicho... ¡Tú deliras!
Su esposo es un caballero,
un hidalgo. Á su mujer
la quiero... porque la quiero,
sin poderlo remediar;
pero, chico, me avergüenzo
pensando en él, que es un hombre
decentísimo, un modelo
de... de...

LUIS. ¡Pero tú estás loco!
Él será lo que son cientos
de maridos engañados,
un mamarracho. ¡Qué exceso

de romanticismo, Juan!
A pesar de esos extremos
caballerescos é hidalgos,
eres turco y no te creo.
A tí no te importa nada
y no le tienes respeto,
y te alegras de engañarle
y te encuentras satisfecho
de tu conquista, y el día
que te canse el devaneo,
porque estos amores son
vehementes y pasajeros,
la conquisto en cuatro días
yo también, y andando el tiempo,
cuando vayamos del brazo,
en cualquier tarde, á paseo,
y los veamos venir,
él orondo y satisfecho
—porque esos hombres engordan
de un modo que mete miedo,—
y ella un poco ya marchita,
chico, ¡cómo nos reiremos!
¡Tú me darás en el codo,
yo con el codo contesto,
y tú te tapas la boca
mientras yo saco el pañuelo!

JUAN. (Y tú no te escapas hoy
sin tiro.)

LUIS. Vaya, me vuelvo
á mi puesto, porque puede
venir y aquí te molesto.
Anda con ella, bribón.
Tuno, ¡qué envidia te tengo!
¡Qué suerte la tuya!

JUAN. ¡Atróz!

LUIS. ¡Si eres atróz!

JUAN. No lo niego.

(Sale por el fondo. Juan cierra.)

ESCENA VIII

JUAN y DIEGO

DIEGO. ¿Conque usted se trae amigos
que me quitan el pellejo,
que sirven de centinela
y que hacen papeles feos?
¿Y usted dice que yo soy
un cuadrúpedo?
JUAN. Protesto
de las palabras indignas
de ese badulaque.
DIEGO. (Asomándose á la ventana.) ¡El necio,
el zascandil, el pelele,
el indecente, el muñeco!...
Estoy por tirar...
JUAN. Sí, hombre,
tire usted.
DIEGO. ¿Tiro?
JUAN. Sin miedo.
(Da un escándalo, y acude
la policía al momento,
y me salvo.) Tire usted.
DIEGO. Calma. Para todo hay tiempo.
Él también la pagará.
¿Hay un cómplice?... Me alegro.
Tres criminales... tres tiros...
(Dan tres golpes á la puerta del fondo.)
JUAN. ¡Y tres golpes!
DIEGO. Y tres muertos.
Abra usted. Es fuerza estar
hecho un don Juan, loco, ciego,
y arrebatado, y ardiente,
y osado y sin miramiento.
JUAN. No podré.
DIEGO. Sí podrá usted.
(Apuntándole con el revólver.)
JUAN. Si podré.
DIEGO. Con mucho fuego.

JUAN. Con el fuego de un revólver
de seis balas.
DIEGO. Eso quiero.
Yo escucho y apunto, y si ella
cede... le doy gusto al dedo.
(Sale por la izquierda.)
JUAN. ¡Ay! Si no fuese...
LUCIA. (Desde fuera.) Abre infame,
que todo lo he descubierto.
JUAN. ¡Haga usted ahora el amor!
LUCIA. Abre.
JUAN. De pié no me tengo.

ESCENA IX

JUAN y LUCÍA

LUCIA. (Entrando precipitada.)
Estás descubierto ya;
negar en balde ha de ser.
¿En dónde está esa mujer?
¿Dónde se ha escondido?
(Fijándose en Juan.) ¡Ah!
¿No es Diego?
JUAN. Creo que no.
LUCIA. Entonces, ¿en dónde estoy
y quién es usted?
JUAN. ¿Quién soy?
¿No me conoce usted?
LUCIA. (Reconociéndole.) ¡Oh!...
¡Usted!... ¡Y yo que he venido!...
Y la carta... y su embarazo...
¡Todo lo comprendo! ¡Un lazo
infame que me ha tendido!
Viendo en días diferentes
que no hicieron mella en mí
ni su amante frenesí,
ni sus palabras ardientes,
ni sus cartas, ni sus dones,
ni quejas de Jeremías,
ni todas las tonterías

que hizo frente á mis balcones,
como última providencia
y como supremo amaño,
apela usted al engaño,
á la astucia, á la violencia.
De mi honor en menoscabo
así piensa vencer hoy.
Va usted á saber quién soy
esta noche.

JUAN. (¡Bravo! ¡Bravo!)

LUCIA. No le he temido jamás,
y de ello me vanaglorio;
ni á mí me vence un Tenorio
de siete meses no más,
ni yo puedo ser perjura.

JUAN. Señora, la juro que...

LUCIA. ¡Ah! Mónstruo, cállese usté.

JUAN. (¡Me llama mónstruo! ¡Oh, ventura!)
¿Quiere usted que la demuestre?...

LUCIA. Deseche usted esa idea.

JUAN. (¡Me salvé! ¡Bendita sea!
¡Es una virtud silvestre!)

LUCIA. ¡Qué persecución! ¡Qué asedios!
Eso no es amor, es ira.
¡Si me parece mentira
que se acuda á tales medios!
El hombre, siempre cruel,
á su pasión nos inmola.
Y es el caso que estoy sola,
que me encuentro aquí con él,
que nadie puede salvarme...
¿A quién recurrir ahora?
¿Qué hacer?

JUAN. (Marcharse, señora.)

LUCIA. Si yo pudiera marcharme...

JUAN. (Pues vete.)

LUCIA. ¡Yo desvarío!

JUAN. (¿Por qué no tomas la puerta?)

LUCIA. ¿Cómo salir?

JUAN. (Si está abierta.)

LUCIA. (Con desesperación.) ¡No poder salir, Dios mío!
(La puerta está completamente abierta.)

¡Aquí encerrados estamos!
¿Cómo salir, cómo?

JUAN. (¡Dale!
Señora: si usted no sale
es porque no quiere, vamos.)

LUCIA. ¡Ah, Dios mío! (Llorando.)

JUAN. (¡Pues no llora!
La voy á enviar á paseo.)

LUCIA. Mas... ¡calla! ¿Qué es lo que veo?

JUAN. (Asustado.) ¿Qué es lo que ve usted, señora?

LUCIA. Usted es otro; ha cambiado.
No es el amante atrevido,
impetuoso, decidido,
ardiente y enamorado.

JUAN. No, señora; no lo soy.

LUCIA. Siente los medios que puso
en juego, y está confuso.

JUAN. Sí, señora; sí lo estoy.

LUCIA. No me han visto, no hay testigos;
salvar mi decoro espero.
Es usted un caballero.
Aún podemos ser amigos,
pues su mala acción deplora.
¿Se arrepiente?

JUAN. Me arrepiento.

LUCIA. ¿Puedo marcharme?

JUAN. Al momento.

(El revólver de Diego asoma por detrás de la cortina; Juan da un salto, cierra la puerta del fondo y la detiene.)

(¡Que me apunta!) ¡Atrás, señora!

LUCIA. ¿Qué es esto?

JUAN. Que la ha engañado
mi actitud y mi semblante;
que yo soy un loco amante
ardiente y apasionado,
y que dado el primer paso
no puedo retroceder,
y que es usted la mujer
por quien de amores me abraso;
y que ó tiene caridad
de mi ciego frenesí,

ó habrá entre los tres aquí
alguna barbaridad.

LUCIA. ¿Cómo entre los tres?

JUAN. Tres son.

LUCIA. No veo al tercero.

JUAN. Yo sí.

LUCIA. ¿Dónde está el tercero?

JUAN. Aquí.
El diablo .. En mi corazón.
Tú has causado mis enojos
con las luces y arreboles
de los rayos de los soles
de los cielos de tus ojos;
por tí sollozo y suspiro;
tuyos mi amor y mi fe,
y mi esperanza... Ámame,
aunque me peguen un tiro.
Te doy generosamente
para pensarlo un minuto.
(Ya no me apunta ese bruto.
¡Si habré estado yo elocuente!)

LUCIA. Es usté un loco furioso
capáz de cualquier delito.

JUAN. (Ahora me acerco, y bajito
la digo: ¡que está su esposo!)
(Se acerca rápidamente y dice bajo á Lucía)
Señora: sepa usted que...

LUCIA. No se acerque usted á mí. (Retrocede.)

JUAN. (Vuelve á acercarse.)
Que nos mira desde allí.

LUCIA. (Retrocediendo.) ¡Atrás! ¡No se acerque usté!
Suerte maldita y villana,
¿cuándo más blanda serás?
¡Si da usted un paso más,
me tiro por la ventana.

JUAN. Señora, me pondré lejos;
mas con calma discurramos.
(¡Quiá! no se ablanda... salvamos
los respectivos pellejos.)

LUCIA. ¡Desventuradas mujeres (Desde la ventana.)
que de la vida en el mar,
tanto tienen que luchar!

Que siendo débiles seres,
desde sus tiernas edades
se las manda resistir,
y del mundo han de sufrir
las mayores tempestades;
y van inciertas y solas
muy lejos de las orillas
como restos de barquillas
que destrozaron las olas.

JUAN. (¡Romanticismo, poesía!
Si por lo tierno la da,
¡malo! Ya me escamo. Hará
de fijo, una tontería)

LUCIA. ¿Quién con amores no sueña?
¿A quién no le hablan al alma?
El mundo nos pide calma,
el marido no desdeña;
él es frío y desdeñoso,
él culpable antes y ahora.

JUAN. Su esposo de usted, señora...

LUCIA No me hable usted de mi esposo.

JUAN. ¿Que no la hable? (¡Yo me espanto!)
Mas, ¿por qué?

LUCIA. Me causa horror
que me hablen de ese señor.

JUAN. (¡Le llama señor, Dios santo!)

LUCIA. Nos cobija un mismo techo,
mas há tiempo me olvidó.
¿Por ventura ocupo yo
lugar alguno en su pecho?
Él es quien me precipita,
quien me infama, quien me vende,
quien me insulta, quien me ofende,
quien me empuja, quien me incita.
Otra con menos pretexto
vengara ya su desvío
oyéndole á usté.

JUAN. (Asustado.) (¡Ay, Dios mío!
¡Qué malo se pone esto!)
Es una equivocación
que usted padece, señora.

LUCIA. ¡Oh! No.

JUAN. Yo sé que la adora
con todo su corazón.
LUCIA. ¡Oh! No.
JUAN. (¡Qué tenacidad!)
LUCIA. Es villano, infame, infiel...
JUAN. (¡Señor! ¡Todos contra él!
¡Es una fatalidad!)
LUCIA. Por él tormentos sufrí;
él hizo amarga mi vida;
y mientras así me olvida,
usted sólo piensa en mí;
y mientras falta á su fe,
y escribe á cien desdichadas
mil cartas enamoradas,
yo no leo las de usté.
¿Es esto justo, Señor?
¿Esto es lógico, Dios mío?
Contra el desvío, el desvío:
para el amor, el amor.
JUAN. ¿Y el deber?
LUCIA. ¿A qué mentir
ni ocultar un sentimiento?
En tan solemne momento
todo se puede decir.
JUAN. ¿Cómo todo?
LUCIA. Su hidalguía,
su pasión, su noble cuna,
han despertado en mí alguna
cariñosa simpatía.
JUAN. ¿Simpatía?
LUCIA. El sentimiento
se impone.
JUAN. Pero, ¿por mí?
¿Está usted segura?
LUCIA. Sí.
JUAN. ¡No es posible! (Aterrado.)
LUCIA. Yo no miento.
JUAN. Yo la digo á usted que no.
LUCIA. Usted lo quiso.
JUAN. (¡Qué potro!)
Me equivoca usted con otro.
LUCIA. Hombre, ¡si lo sabré yo!

JUAN. Bien; simpatía quizás
que durará breves días.
LUCIA. ¡Oh! No.
JUAN. De esas simpatías
de amigos.
LUCIA Más.
JUAN. Menos.
LUCIA. Más.
Si el hado cobarde y ciego
no me hubiera á mí enlazado
á ese infame, á ese malvado...
JUAN. (Preparen, apunten... ¡fuego!)
LUCIA. Si por dicha libre fuera...
JUAN. ¿Y el deber?
LUCIA. ¡Ay!
JUAN. ¿Y el deber?
LUCIA. No dudo. Va usté á saber
toda la verdad entera,
y de mis labios va á oir
una nueva embriagadora.
¿Se la digo?
JUAN. No señora.
LUCIA. Pues se la voy á decir.
Al llegar aquí, al entrar,
fiel á mi honor y mi fe,
pensé rechazarle á usté
y victoriosa marchar;
pero un nuevo sentimiento
inundó toda mi alma,
y me hizo perder la calma
con su apasionado acento.
JUAN. Basta ya.
LUCIA. Ya no batallo.
JUAN. ¿Y el deber?
LUCIA. Ya no hay deber.
Todo lo vas á saber.
¡Juan!
JUAN. ¡Cómo Juan!
LUCIA. Ya no callo;
ya no es posible dudar...
¡Soy la mujer que te adora!
JUAN. No me adore usted, señora,

que nos van á reventar!

ESCENA X

DICHOS y DIEGO

DIEGO. (Persiguiéndolo con el revólver.)
¡Muere, infame!

JUAN. ¡No, por Dios!

(Juan recorre la habitación huyendo de Diego, y no hallando salida se tira por la ventana. Óyense dos gritos.)

LUCIA. ¡Se tiró!

DIEGO. Justo castigo.
¡Y cayó sobre el amigo!
¡Perniquebrados los dos!
Y ahora yo, sin compasión,
castigaré tu falsía.

LUCIA. ¡Já, já! ¡Qué chasco!

DIEGO. (Corriendo á ella.) ¡Lucía!
¿Le servirá la lección?

LUCIA. ¡Llevo tres años de asedio!
¡Qué pesado!

DIEGO. ¡Bueno va!

LUCIA. Creo que no volverá.
Este era el único medio.

DIEGO. Se fué un amante; no llores.
Mejor amante soy yo.
Tus brazos.

LUCIA. No.

DIEGO. ¿Por qué no?
¿No es esto un nido de amores?

LUCIA. Sí; para otras desdichadas.
Dame tu brazo y marchemos.
No es sitio donde podemos
amar las gentes honradas.

DIEGO. Pues toma el brazo, Lucía.

JUAN. Pero antes, ya que nos vamos,
dí, público, si llevamos
tu enojo ó tu simpatía.

(Cae el telón.)

FIN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Cara y cruz, juguete cómico en un acto y en verso.
El sexo débil, juguete cómico en un acto y en verso.
El único ejemplar, comedia en un acto y en verso.
Abogacía de pobres, juguete cómico en un acto y en verso
Servir para algo, comedia en un acto y en verso.
El número tres, comedia en tres actos y en verso.
Vanitas vanitatum, comedia en tres actos y en verso.
Echar la llave, comedia en un acto y en verso.
Haz bien..., comedia en tres actos y en verso.
Para una coqueta un viejo, comedia en dos actos y en verso.
Inocencia..., comedia en tres actos y en verso.
Al Santo, al Santo! apropósito cómico en dos actos y en verso.
Contra viento y marea, comedia en tres actos y en verso.
Como se empieza, comedia en un acto y en verso.
Una comedia y un drama, comedia en dos actos y en verso.
Como las golondrinas, comedia en tres actos y en verso.
Champagne frappé, juguete cómico en un acto y en verso.
Ni la paciencia de Job, comedia en tres actos y en verso.
El octavo, no mentir, comedia en tres actos y en verso.
La fuerza de un niño, comedia en tres actos y en verso.
Escurrir el bulto, comedia en un acto y en verso.
Por fuera y por dentro, comedia en dos actos y en verso.
La buena raza, comedia en tres actos y en verso.
Malditos números! comedia en tres actos y en verso.
Enseñar al que no sabe, comedia en tres actos y en verso.
La elocuencia del silencio, comedia en tres actos y en verso.
Sin familia, comedia en tres actos y en verso.
De todo un poco, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
El otro, comedia en tres actos y en verso.
Un año más, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
¿Perez ó Lopez? comedia en tres actos y en verso.
Pobre María! monólogo en un acto y en verso.
En plena luna de miel, comedia en un acto y en verso.
Sin solucion, comedia en tres actos y en verso.
Pension de demoiselles, humorada en un acto con el Sr. Vital Aza.

Caerse de un nido, comedia en acto y en verso.
Boda y bautizo, sainete, con el Sr. Vital Aza.
En primera clase, comedia en tres actos y en verso.
Un viaje á Suiza, arreglo en tres actos con el Sr. Vital Aza.
La mano derecha, juguete en un acto y en verso.
Los demonios en el cuerpo, comedia en un acto y en verso.
Vivir en grande, comedia en tres actos y en verso.
La lista grande, comedia en un acto y en verso.
El dia del sacrificio, juguete en un acto y en verso.
Meterse á redentor, comedia en tres actos y en verso.
Manzanilla y dinamita, comedia en un acto y en verso.
Viva España! sainete en un acto, en prosa y verso.
El enemigo, comedia en tres actos y en verso.
Los hugonotes, comedia en dos actos y en verso.
Entre parientes, comedia en un acto y en verso.
La sopa de almendra, apropósito en un acto y en verso.
Viajeros de ultramar, comedia en dos actos y en verso.
La vieja ley, comedia en tres actos y en verso.
¿Me conoces? juguete cómico en un acto y en verso.
El tren del botijo, comedia en dos actos y en verso.
En casa de la modista, juguete cómico en un acto y en verso
La niña mimada, comedia en tres actos y en verso.
La credencial, comedia en tres actos y en verso.
El sereno de mi calle, juguete cómico en un acto y en verso.
La señá Francisca, comedia en dos actos y en verso.
La Revista, zarzuela en un acto, original y en verso, música del maestro Caballero.
Los hijos de Elena, juguete cómico en dos actos y en verso.
Abogar contra sí mismo, comedia en tres actos y en verso.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.